



Black
Butterfly

Joel

Adrian Blake



D.J.57

Joel

Adrian Blake

Black Butterfly 3



[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

Capítulo 1

Aunque tengo puesto el aire acondicionado siento el sudor correr por mi cuello mientras golpeo el saco de boxeo. Me gusta boxear. Creo que es un deporte que te permite mantenerte en forma a la vez que desfogas toda esa mala hostia que solemos acumular a lo largo del día o de la noche, como es mi caso. Tengo un saco de boxeo colgado en una esquina del salón. Me lo regaló una amiga por mi cumpleaños, y aunque ella lo hiciera como parte de una broma yo le estoy sacando el máximo partido, porque me permite ejercitarme sin perder el tiempo yendo a un gimnasio.

Soy el portero del *Black Butterfly*, un pub erótico del centro de la ciudad. Al menos así lo llama Axel, pero en realidad es un pub donde cualquiera puede hacer sus fantasías sexuales realidad, sean cuales sean, dentro de la legalidad, por supuesto. La mía en particular es bastante simple: follarme a la mejor amiga de la hermana de mi jefe, Mónica. Solo pronunciar su nombre en mi cabeza consigue ponerme duro como una piedra. Sus curvas me tienen completamente loco y cada vez que la veo no puedo evitar imaginar que estoy dentro de ella, agarrándola por la cintura mientras Mónica, de rodillas en la cama, me mira por encima del hombro con los labios entreabiertos para dejar escapar un gemido. Dios... solo de pensarlo ya me estoy poniendo cachondo, así que golpeo con más fuerza el saco de boxeo para que el esfuerzo me devuelva a la cruda realidad.

Me dirijo a la ducha para deshacerme del sudor, pero el teléfono me

detiene. Es mi jefe, así que tengo que contestar por narices.

—Dime, Ax —digo nada más descolgar.

—¿Tienes algo que hacer esta tarde?

Miro el reloj de mi despertador. Son las tres y media.

—En teoría ya es por la tarde, por si no te habías dado cuenta —
protesto.

—Ya lo sé, sería para vernos en media hora.

—¿Qué necesitas?

—¿Recuerdas que os dije que la despedida de mi hermana era el sábado que viene? Pues no, es hoy.

—No me jodas...

—Es lo que hay, así que tenemos que estar todos en el local a las cuatro para empezar a transformar la sala.

—¿En serio que hay que cambiarlo todo?

—Eso dice Lara.

—Si no fuera tu novia la estrangularía.

—¿Y crees que yo no?

—Muy bien, me ducho y voy para allá.

—Gracias, tío.

—De gracias nada, que son horas extra.

Cuelgo el teléfono con una sonrisa y me doy una ducha rápida. Cuando llego al local veo que ya está allí todo el mundo, incluido Brais, a quien todo esto tiene que estar sentándole como una patada en las pelotas.

—Ven a mi despacho, Joel —ordena mi jefe—. Tenemos que hablar.

Sigo a Axel sin mediar palabra y me siento con él en el sofá.

—Tú dirás —digo sin más.

—Esta noche necesito que cambies el puesto con Brais —responde—. No voy a ser tan hijo de puta como para dejarle en la misma sala de la despedida de mi hermana.

—No hay problema.

—¿Has hablado con él sobre todo esto?

—Ken lo ha hecho, y la verdad es que le está pasando factura.

—No entiendo por qué demonios no habla conmigo. Se supone que soy su mejor amigo, ¿no?

—Joder, Ax... Eres el hermano de la mujer implicada en el asunto, ¿qué quieres que te diga?

—Puedo escucharle —protesta.

—Sí, bueno... supongo que no quiere ponerte entre la espada y la pared.

—Venga, será mejor que nos pongamos manos a la obra o esta noche no tendremos nada listo y son mis pelotas las que corren peligro.

Entramos en la sala en cuestión, donde Ken y Brais ya han desmontado gran parte del mobiliario.

—Podéis seguir de cháchara, nosotros ya lo tenemos todo controlado —protesta Brais.

—Deja de quejarte, ya estamos aquí —respondo cogiendo el sofá del otro extremo—. Ya sé que me echabas mucho de menos, campeón.

En cuanto escucho el murmullo de las mujeres en la zona de la barra me recorre un escalofrío por toda la espalda. Puedo distinguir perfectamente la voz de Mónica entre las demás, tan suave y dulce aunque su lengua viperina la estropee.

—¿Aún estáis así? —protesta en cuanto entra por la puerta.

—Los muebles no se desmontan solos, bonita —protesta Ken.

—Sois cuatro hombres grandes y fuertes... esperaba más de vosotros —contesta ella.

Lara se ríe y besa a su hombre antes de ayudarlo a quitar unos tornillos.

—No seas tan borde, Moni —nos defiende—. Los pobres hacen lo que pueden.

Cuando terminamos de quitar los muebles de la sala para llenarla con los sillones y las mesas bajas de la sala del jacuzzi, me acerco a beber agua y a limpiarme el sudor con la intención de marcharme, pero ellas tienen otros planes.

—Bien, ahora hay que forrar esas paredes con estas telas —dice Mónica enseñándonos unos rollos de una especie de gasa rosada.

—Moni, en serio, te aprecio mucho, pero ya me estás empezando a tocar los huevos hoy —protesto.

—No te quejes tanto, grandullón, que tú puedes con todo —responde ella.

Lara eleva los ojos al cielo y le pasa a Brais una grapadora y un rollo de tela.

—Basta con que la grapes a la pared y la dejes caer —sugiere—. Ya nos encargamos nosotras del resto.

—¿Eso significa que podremos irnos? —pregunta Ken esperanzado.

—Eso significa que haréis otras cosas —contesta Mónica.

Ahora mismo no quiero follármela... quiero estrangularla con mis propias manos. Después de varias horas de trabajo al fin nos dan permiso para marcharnos, no sin antes haber conseguido que Ken se desnude esta noche para ellas. Pobre desgraciado... no se imagina lo que le espera.

A las diez en punto estoy de nuevo en el pub. La verdad es que es un alivio no tener que trabajar con traje, la chaqueta en verano es insoportable.

Cuando entro voy directo al despacho de Axel y me dejo caer en su sofá. Él está haciendo cuentas sentado en su escritorio y ni siquiera levanta la vista de los papeles.

—¿A qué hora llegarán ellas? —pregunto.

—En cuanto terminen de cenar —responde mirando el reloj—. No creo que tarden demasiado.

—No entiendo que tengas que tenerme vigilándolas si el único hombre que va a entrar en la sala será Ken.

—No quiero que las vigiles a ellas, necesito que cuides que no se cuele ningún tipo que las vaya a molestar. El bar estará abierto al público hasta dos.

—¿Vas a cerrar antes?

—¡Qué remedio! No tengo sala de BDSM ni tampoco masajista.

—Eso te pasa por consentir tanto a tu hermana.

—¿Crees que lo hago para consentirla? —ríe mi amigo— Lo he hecho porque así me aseguro que Lara y ella estén seguras. Si se hubieran ido a cualquier otro local ahora mismo me estaría comiendo la cabeza preguntándome si algún desgraciado se ha atrevido a tontear con mi chica.

Suelto una carcajada antes de levantarme del sofá.

—Voy a ir preparando las bebidas —digo—. Nos vemos luego.

Saludo a Brais y a Cris, que están sentados en la barra, y entro en el cuarto del dolor. Sí, ahora mismo para mí es un auténtico cuarto del dolor: purpurina, brillos, rosa chicle... solo le faltan los unicornios de colores para que me entren ganas de vomitar, y por desgracia tengo que estar aquí metido hasta que las señoritas decidan que han tenido suficiente empalago por una noche. Si no fuera porque Brais lo iba a pasar peor aquí que en la puerta volvía de inmediato a mi chaqueta aunque pasara calor.

Erin entra en la sala con una sonrisa y me echa los brazos al cuello. Joder, ¿así están ya? Para que la hermana de mi jefe se tome tales confianzas

conmigo debe estar ya borracha... porque normalmente no se atreve a cruzar más de dos palabras conmigo o con Ken. Mónica se acerca después y me aprieta el bíceps antes de apoyar su cabeza en él... otra que está como una cuba.

—Gracias por vigilarnos, grandullón, pero ya puedes marcharte —susurra.

La miro con una ceja arqueada, pero ella ni siquiera se ha dignado a mirarme a la cara.

—Esto es una reunión de chicas, los chicos estáis de más —aclara.

—¿Ken también está de más? —pregunta Lara riendo, que parece ser la única sobria del grupo.

—No, no, no, no, no... —responde Erin— Ken se queda.

—Pues siento deciros que yo también me voy a quedar, chicas —respondo—. Órdenes del jefe.

—Entonces puedes desnudarte tú también —ríe Mónica—. Así vemos esos bonitos tatuajes que tienes.

—¿Y tú cómo sabes que tengo tatuajes? —pregunto.

—Porque Erin y yo te vimos desnudo una vez —susurra—. Y estás muy bueno.

Joder... qué larga va a ser la noche... parece que las botellas de champán atraen la atención de las mujeres y por fin me dejan un poco en paz a mí. Me entretengo un minuto en observar a Mónica. Está para comérsela, la verdad. Aunque lleve esa ridícula camiseta de unicornios (ahora entiendo dónde estaban los que faltaban en la sala) y una faldita corta a juego está para comérsela. De un solo bocado, además. Lara se acerca en ese momento a mí sacándome de mis pensamientos y enlaza su brazo al mío con un suspiro.

—Apenas hemos empezado y ya están para acostarse —protesta.

—¿Y tú no? —río.

—A mí no me gusta demasiado la bebida. Hasta ahora solo he bebido refrescos, y tal vez me tome un Bayleys y un par de copas de champán.

—Vas a decepcionar al jefe —bromeo—. Pensaba abusar de ti en cuanto te quedaras KO.

—En ese caso debo hacerle creer que se sale con la suya, ¿no te parece?

Su comentario me hace reír a carcajadas. Lara es un encanto, la verdad. Axel ha tenido mucha suerte al encontrarla, y espero que no sea tan gilipollas como para dejarla escapar. Lara se acerca a las chicas y yo salgo de la habitación para vigilar la puerta, aunque me llegan claramente los comentarios subidos de tono de las chicas, que se van animando conforme Erin va sacando sus regalos de las cajas. Habrá que ver lo que le han comprado esa manada de salidas... Me recorre un escalofrío cuando siento las manos de Mónica pasearse por mi cintura.

—Voy a fumarme un cigarro —ronronea—. ¿Me acompañas?

—No puedo, el jefe me cortaría los huevos —respondo—. Y aunque pudiera no fumo, así que...

—Vaya... entonces tendré que buscar a Brais, a ver si él me hace compañía.

La observo alejarse por el pasillo moviendo las caderas. El vaivén de su culo me deja hipnotizado y mi polla empieza a hacer su aparición debajo de mis vaqueros. ¿Por qué coño esa mujer me afecta tanto?

Capítulo 2

La cosa se desmadra por completo cuando Ken entra en la habitación. Las mujeres empiezan a gritar y a tirarle de la camiseta, y mi colega me mira con cara de desesperación y arrepentimiento. Eso le pasa por bocazas. Le gusta mucho el cachondeo y le pareció divertido desnudarse delante de la mujer del jefe... pues ahora que se joda.

Aunque me puede la curiosidad permanezco fuera de la habitación para no terminar sufriendo daños colaterales, que como me descuide me pillan entre todas y me dejan en bolas a mí también. Axel viene hacia mí a paso ligero, lo que me hace reír.

—¿Te estás arrepintiendo de haberlo consentido? —bromeo.

—No te imaginas cuánto —protesta asomando la cabeza por la cortina—. ¿Pero qué le están haciendo? ¡Le van a matar!

—Ahora que se joda, que debería haber dicho que no.

—En eso tienes razón —contesta apartándose—. Al menos parece que Lara se está comportando...

—Lara es la peor de todas, lo que pasa es que te habrá visto. Hace un rato estaba muy entretenida metiéndole un billete a Ken en los bóxers...

—Encima sigue hundiendo el dedo en la llaga, cabrón.

—Solo digo lo que veo —bromeo—. Si no querías saber haberte

quedado en la barra.

—Voy a entrar —decide.

—¡Alto ahí! —protesto deteniéndole— ¿Por qué crees que estoy aquí fuera en vez de riéndome de Ken? ¿Porque me apetecía un poco de aire fresco? Esas lagartas han intentado desnudarme a mí también. Si entras ahí eres hombre muerto.

—Soy el hermano de la novia, no van a hacerme nada.

—Allá tú —respondo levantando los brazos—. Pero después no digas que no te avisé.

Axel me mira un segundo, vuelve a meter la cabeza a través de la cortina y se da la vuelta protestando por lo bajo. Le observo marcharse con una sonrisa y voy al cuarto de baño. Me estoy meando a chorros, joder.

—¡Vaya, grandullón! Eres grande en toda la extensión de la palabra, ¿eh?

Me vuelvo inconscientemente hacia la pared opuesta cuando escucho a Mónica. Giro la cabeza y la encuentro apoyada en el quicio de la puerta mirándome con una sonrisa.

—¿Se puede saber qué coño haces aquí? —pregunto subiéndome la cremallera de los vaqueros.

—Te he seguido.

No parece estar muy bebida, la verdad. No se le traba la lengua y camina bastante erguida cuando se acerca hasta donde yo estoy.

—¿Y por qué no estás atormentando a Ken como todas las demás? —continúo.

—Porque Ken no es para nada mi tipo. A mí me gustan más los grandullones.

—¿En serio?

—Ajá. Tú en particular me pones muy cachonda.

Trago saliva y me paso la lengua por el labio inferior. Como siga por ese camino no va a salir de esta habitación hasta que me la folle.

—Eso —ronronea señalando mi boca— quiere decir que no te desagrada la idea de follar conmigo, ¿mmm?

—Pues no... no me desagrada en absoluto.

—¿Y a qué esperas para venir a por mí?

No necesito que me lo diga dos veces. Me acerco a ella en dos zancadas, la sujeto por la cabeza con ambas manos y pego mi boca a la suya. Su lengua se abre paso entre mis labios con lascivia, con hambre, y mi polla reacciona al momento poniéndose dura como una piedra. La empujo hasta la hilera de lavabos y la cojo de los muslos para sentarla sobre el frío mármol. Mónica enreda sus brazos en mi cuello y arquea la espalda para pegar sus tetas a mi pecho, y puedo sentir sus pezones duros a través de la tela.

No hay palabras, ni suaves caricias. Lo que hay entre nosotros es puro deseo, lascivia en estado puro. Me desabrocho los vaqueros y aparto sus bragas de un tirón para comprobar con mis dedos que ya está lista, caliente, mojada, desesperada por sentirme. Saco de mi bolsillo un preservativo, me lo pongo a toda prisa y me entierro en ella hasta el fondo, gimiendo al sentir sus paredes absorberme. Es una auténtica delicia... Sus piernas se enredan en mi cintura y empiezo a moverme rápidamente dentro y fuera de ella. El placer se mezcla con el miedo de que entre alguien en cualquier momento y nos pille, pero ella no parece pensar en otra cosa que no sea morder mi cuello.

Sus caricias están lanzando descargas de placer por mi espalda. Sus manos suben por ella hasta detenerse sobre mis omóplatos, donde clava las uñas levemente cuando el orgasmo la alcanza. Sus gritos llenan mi cabeza, sus labios sedosos atacan mi boca en cuanto recupera el aliento y siento sus músculos apretar mi polla una y otra vez. Esta mujer va a acabar conmigo, de eso estoy seguro. Su olor me rodea, una mezcla de flores y sexo que me deja mareado y aturdido a la vez. Mis caderas se mueven frenéticas, mi polla

corcovea a la espera de la liberación y yo no quiero que este momento termine aún, así que salgo de ella y la bajo de la encimera para tirar de ella hasta el baño de minusválidos.

—¿Pasa algo? —pregunta mirándome curiosa.

—Nada... solo que ahora quiero que me folles tú.

Mis palabras avivan de nuevo el fuego en sus ojos, y en cuanto cierro la puerta con el cerrojo me empuja hasta dejarme sentado sobre la tapa del váter. Menos mal que este suele estar bastante limpio...

—Así que quieres que te folle, ¿mmm? —ronronea haciendo círculos en mi pecho.

Le rodeo la cintura con las manos y tiro de ella hasta lograr acariciar su ombligo con la lengua, haciéndola suspirar. Mónica se sienta a horcajadas sobre mis piernas pero dejando mi polla fuera de ella, y empieza a besarme de nuevo. Introduce las manos debajo de mi camiseta y las sube por mi cuerpo arrastrándola con ellas hasta lograr sacármela por la cabeza y lanzarla al otro lado del habitáculo.

—Más te vale que el suelo esté limpio —susurro.

—Puedes pedirle una a Axel si se mancha.

Es cierto, mi jefe siempre tiene camisetas guardadas en el despacho por si ocurren accidentes... Cualquier atisbo de pensamiento desaparece de mi mente cuando Mónica se arrodilla entre mis piernas y me mira traviesa mientras separa mis muslos. Me quita el condón de un tirón y calma el escozor con su lengua, que recorre mi polla desde el glande hasta mis huevos, logrando hacerme gemir.

—¡Joder! —suspiro.

Ella sonríe sin dejar su tarea y continúa lamiéndome la polla como si se tratase de un chupachups. Aprieto las manos en un puño para evitar agarrarla de la cabeza y hacerla tragarse mi verga hasta el fondo, porque sus leves caricias son una auténtica tortura. Mónica parece leerme el pensamiento y tras

succionar mi glande un poco se la mete entera en la boca. Sus labios son mortales, las succiones de su boca combinadas con las caricias de su lengua me están dejando KO. La dejo hacer hasta que siento que no puedo más. La levanto con cuidado del suelo, me pongo mi último preservativo de reserva y la hago sentarse de nuevo sobre mí, pero esta vez con mi polla dentro de ella.

—Así está mejor —susurro.

—Muchísimo mejor... —ronronea ella.

Empieza a mover las caderas lentamente, volviéndome loco, y clavo mis dedos en sus caderas para evitar marcar el ritmo, porque Mónica está disfrutando bastante de ser la que manda. Sus músculos se contraen a mi alrededor cada vez que se empala hasta el fondo y tengo que morderme el labio para no gemir demasiado fuerte. El sudor corre por mi frente a pesar de que el aire acondicionado da de lleno sobre mí y me quedo hipnotizado por el movimiento de las tetas de Mónica, que están a punto de salirse por el escote de la camiseta. De un tirón las dejo al descubierto y me meto un pezón en la boca, aunque son pequeñas y si quisiera podría metérmela entera. Lo atormento con pequeños mordiscos, lamidas lentas, y ella se aprieta contra mí con un gemido.

—Shh... No grites —susurro.

—No puedo evitarlo.

Silencio sus gritos con mi boca y ahora sí la guío sobre mi polla para que se mueva más deprisa. Estoy a punto de correrme pero quiero que ella se corra conmigo, así que introduzco una mano por debajo de su falda y hurgo entre sus labios hasta encontrar su pequeño clítoris hinchado. Un par de pasadas de mi dedo son suficientes para lanzarla de cabeza al orgasmo, y sus contracciones logran que me corra yo también, dejando escapar, ahora sí, un suspiro de puro placer.

Permanecemos un rato así, jadeando para recuperar el aliento, sin movernos para seguir saboreando el momento un poco más. Siento el aliento de Mónica acariciar mi cuello cada vez que respira y puedo sentir el latido de

su corazón a través de sus tetas, que están pegadas a mi pecho. Levanto la vista para mirarme en sus ojos, de un color azul pálido con un halo oscuro alrededor. Mónica me sonrío, me besa fugazmente en los labios y se levanta para ponerse bien la ropa. La observo totalmente embobado, sin levantarme del sitio, sin vestirme siquiera. Ella se agacha y recoge mi camiseta del suelo, la sacude y me la tiende con una sonrisa.

—Está impecable —dice triunfal.

Al fin salgo de mi empanamiento, me pongo de pie y me abrocho los pantalones antes de meterme la camiseta por la cabeza. Mónica me observa atentamente y la miro con una ceja arqueada.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Ella se acerca y acaricia el tatuaje de mi pecho con un dedo.

—Me gusta mucho este tatuaje —susurra—. Me pone muchísimo.

—Aún no me has dicho cuándo me lo has visto.

—Una noche estabas cambiándote en el despacho de Axel y Erin y yo te vimos, te lo dije esta tarde.

—Yo no me cambio en el despacho de Axel nunca, así que...

—Pues ese día lo hiciste. Tal vez te llevaste a otra chica al baño de minusválidos y esa vez el suelo no estaba tan limpio...

—Tal vez...

Nunca he follado con nadie en el local, ninguna chica me ha calentado hasta el punto de no poder esperar hasta tenerla en mi cama, pero ella no tiene por qué saberlo. Salgo primero del cuarto de baño para asegurarme de que no hay nadie a la vista y le tiendo la mano a ella para que salga tras de mí. Cuando llegamos a la puerta ella me besa fugazmente en los labios y se vuelve para marcharse, pero la detengo sujetándola por el brazo.

—¿Esto qué significa? —pregunto.

—Que hemos echado un polvo impresionante.

—¿Solo eso, Mónica?

—No... no solo eso.

—¿Entonces?

—También significa que estaré encantada de repetir.

Capítulo 3

He dormido como un puto bebé en cuanto he apoyado la cabeza en la almohada. Será que el polvo que eché con Mónica me dejó exhausto, no sé, pero el caso es que estar con ella me ha sentado bien. Al contrario que Ken, que se levanta con la hora pegada al culo para ir a trabajar, yo suelo hacerlo temprano para que me dé tiempo de entrenar un poco. Me han hablado de un club nuevo de boxeo que han abierto cerca de mi casa y que no pinta mal, así que desayuno y me acerco a echar un vistazo.

En cuanto entro por la puerta el que debe ser el dueño se acerca a mí con una sonrisa limpiándose el sudor.

—Hola, ¿puedo ayudarte en algo? —pregunta.

—Estoy echando un vistazo.

—¿Quieres apuntarte a clases de boxeo?

—Yo ya sé boxear —respondo sonriendo—. Pero sí estaría interesado en entrar al ring alguna vez que otra.

—Mis chicos estarán más que dispuestos a desafiarte. ¿Quieres probar ahora?

Me encojo de hombros, me quito la camiseta y me pongo los guantes que me ofrece. El tío que está dentro del ring no es demasiado fuerte, así que no me costará demasiado dejarle KO.

—No te confíes —dice el dueño—. Marcos es más fuerte de lo que aparenta.

Sonrío y entro en el ring. El chico no debe tener más de veintipocos años, aún está aprendiendo y yo soy más fuerte que él. Aunque me cuesta más de lo que había pensado y me he llevado dos buenos golpes en la cara que me van a dejar moratones, al final termino venciendo a mi rival. Le ayudo a levantarse y el chico sonrío.

—¿Estás bien? —pregunto.

—Mañana me dolerá la mandíbula —responde acariciándosela—, pero tú vas a terminar con el ojo bastante mal.

—Buena pelea, tío.

Me doy la vuelta y me encuentro de bruces al dueño del gimnasio, que me mira con satisfacción.

—Podrías dedicarte a esto profesionalmente —sugiere.

—Paso.

—¿Y eso por qué? Se te da muy bien y podrías llegar muy lejos.

—Ya llegué muy lejos en su momento y me retiré.

Salgo de allí sumido en mis pensamientos. Es cierto lo que le he dicho. Cuando era joven, antes de conocer a Axel, me dedicaba profesionalmente al boxeo. Era la estrella del momento, todas las apuestas eran a mi favor y yo ganaba un montón de pasta. Pero un día un mal golpe terminó con mi rival muerto en medio del ring y lo dejé. Estuve mucho tiempo vagando por ahí, bebiendo hasta perder el sentido para olvidar, porque la cara de ese chico me perseguía noche y día. Entonces tuve la suerte de entrar en el *Butterfly* y conocer a Axel. Él me ayudó a superarlo, me hizo ir a un sicólogo y me dio un trabajo, y ahora ya todo eso ha quedado en el pasado.

En cuanto llego a casa me meto en la ducha y me pongo hielo en el ojo para evitar que se me ponga peor. Ahora está levemente amoratado, por suerte

no se me ha hinchado demasiado y en un par de días estará como nuevo. Cuando llego al pub Ken está sentado en la barra hablando con Cris. Se gira al verme llegar y silba al verme el ojo.

—¿Qué te ha pasado, Joel? —pregunta Cris acercándose a tocarme el ojo.

—Boxeo —respondo apartándome.

¿Por qué las mujeres sienten placer al tocar las partes heridas de los hombres? ¿Es que Cris se cree que no va a dolerme si me toca solo por el hecho de ser mujer?

Axel se acerca y me mira de reojo, pero no dice nada. Se mete detrás de la barra para repasar las botellas y sacar las que falten del almacén.

—He ido a un nuevo gimnasio en el que se boxea —explico—. He peleado con un chaval que no lo hacía nada mal.

—¿Y estás bien? —pregunta mi jefe.

—Sí, estoy bien.

—¿Vas a volver?

—Tal vez, me ha sentado bien pelear con algo que no sea un saco de boxeo.

—Ten cuidado.

—Lo tendré.

A las doce veo venir por la calle a Mónica seguida de dos amigas. Mi polla empieza a reaccionar en cuanto la veo y tengo que ponerme las manos delante con disimulo para no dar la nota.

—¿Pero qué te ha pasado en el ojo? —pregunta acercándose a toda prisa.

—Estoy bien —respondo levantando la cabeza para que no toque—. Solo es un moratón.

—¿Te has peleado con alguien? ¿Has llamado a la policía?

—No me he peleado con nadie, Mónica. Boxeo, y estos son los inconvenientes de hacerlo.

—Ah. ¿Pero seguro que estás bien?

—Estoy perfectamente, tranquila.

—Yo he venido a tentarte para que repitiéramos lo de anoche, pero no creo que sea buena idea.

Se da la vuelta para marcharse, pero la sujeto del brazo y la atraigo hacia mí, haciéndola chocar contra mi cuerpo.

—Créeme, preciosa, estoy más que capacitado para repetir lo de anoche —susurro—, pero hoy el baño no va a estar tan desierto como ayer, así que mejor esperas a que termine mi turno y nos vamos a mi casa.

—¿A tu casa? —gime ella— ¿Y qué quieres hacerme en tu casa?

Sonrío sin poder evitarlo y pego mis labios al pulso que le late en su cuello para dejar allí un pequeño beso.

—Quiero tenerte para mí solo en mi enorme cama —ronroneo—. Hoy el que va a comerte enterita voy a ser yo.

Mónica gime con los ojos cerrados y levanta la cabeza para recibir un beso en la boca. En vez de eso, recorro el borde de sus labios con la lengua, pero me aparto en cuanto ella quiere atrapar mi boca para hundir su lengua en ella.

—Aún no, preciosa... —susurro— Más tarde.

—¿Vas a dejarme así?

—Esa es la idea.

—Pues tal vez me quite las ganas con alguno de ahí adentro. —Sonrío.

—Hazlo si quieres, pero sabes tan bien como yo que no vas a disfrutarlo en absoluto.

—¿Ah, no? ¿Y cómo estás tan seguro?

—Lo estoy porque ya me has probado a mí, nena... y nada será suficiente a partir de ahora.

Estamos bromeando, puedo ver el brillo travieso en sus ojos azules y sé que ella puede ver lo mismo en los míos. Al final sonrío, me echa los brazos al cuello y ahora sí, le permito besarme. En cuanto nuestras lenguas entran en contacto mi polla corcovea dentro de los vaqueros intentando escapar de su confinamiento. Ella sonrío sin despegar sus labios de los míos y me echa mano al bulto de mi erección.

—¿Qué vas a hacer ahora, campeón? —ríe.

—Al final van a meterme preso por tu culpa —protesto—. Van a creer que soy un violador o algo por el estilo.

—Siempre puedes llevarme al despacho de Ax... allí no va a haber gente.

—Me gusta mi trabajo y quiero seguir haciéndolo, preciosa —contesto besándola fugazmente una vez más—. Ahora sé buena chica y compórtate.

—Yo siempre soy buena chica.

—¿Tú? —Bufo—. Ni en sueños.

Ella se vuelve y entra en el pub mirándome por encima del hombro. Me paso la mano por la mandíbula para que no se note demasiado que se me está cayendo la baba al ver su culo balancearse. ¿Por qué coño tiene que estar tan buena?

La noche para lenta... demasiado lenta. Estoy deseando que den las cuatro para echarme a Mónica al hombro y llevármela a mi cama, pero aún me falta una hora para poder marcharme. Ken sale a la puerta y me pasa una botella de agua.

—¿Qué tal tu noche? —pregunta.

—Demasiado larga. ¿Y la tuya?

—No ha estado mal. Ya he terminado los masajes por hoy, así que voy a tomarme un descanso y me meto en la barra con Cris.

—Te gusta Cris más de lo que admites —sonrío.

—Yo no me la he follado en el cuarto de baño como has hecho tú con Mónica.

Me quedo mirándole sorprendido. ¿Cómo coño se ha enterado él de eso?

—Entré en el baño y os escuché —responde adivinando mis pensamientos—. No había que ser adivino para saber quién estaba con Mónica, que era la que gritaba.

—Podría haber sido Brais. —Ken me mira con escepticismo.

—Brais está colgado por Erin, Joel. Jamás se acostaría con su mejor amiga.

—En eso tienes razón.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué?

—¿Va en serio?

—No, aún es muy pronto para ir en serio.

—Sabes que a ella le gustas más de lo que dice, ¿verdad?

—Lo sé, por eso quiero ir despacio.

—¿A follártela en el baño lo llamas tú ir despacio? —ríe— Ir despacio es no follártela hasta que no llevéis saliendo un mes, por lo menos.

—Tú ya me entiendes —protesto—. Quiero ver cómo nos va antes de hacer nada al respecto.

—Supongo que si está ahí dentro es porque habéis quedado.

—Cuando cerremos la voy a llevar a mi casa.

—¿Y vais a jugar al parchís? —bromea— Porque eso sí es ir despacio...

—Vete a la mierda —protesto— ¿No te ibas a ayudar a Cris? Pues ya estás tardando...

Mi mejor amigo se marcha riendo a carcajadas, y vuelvo a mirar el reloj por enésima vez. Solo media hora y Mónica será mía...

Capítulo 4

Me estiro para aliviar un poco la tensión que siento en la espalda después de estar toda la noche de pie frente a la puerta del local. Ya casi hemos terminado, solo queda recoger un poco y podré irme de una vez por todas a casa. Mónica se ha marchado hace un rato, estará esperándome en la cafetería veinticuatro horas de la esquina.

—¿Me estás escuchando? —pregunta Cris desde la barra.

—No, perdona. Estaba distraído.

—Estaba pensando en el polvo que va a echar en menos de media hora —ríe Ken—. La chica debe estar esperándole fuera.

—Al menos yo follo, no como tú —contraataco—. No sé a qué esperas para decidirte a imitarme.

—¿Qué coño sabrás tú lo que follo? —se defiende.

Le miro con una ceja arqueada y me voy al almacén para coger una caja de refrescos y rellenar los frigoríficos. Axel está sentado en su escritorio y me mira con aire distraído y el bolígrafo metido en la boca.

—Como se reviente me voy a reír —advierito.

—Ajá.

—Vas a estar muy guapo lleno de tinta.

—Seguro que a Lara le encanto igualmente.

—A Lara le gustas de todas formas. Tienes mucha suerte, cabrón.

En vez de responder, Axel permanece con la mirada perdida en un punto imaginario de la pared de enfrente. Parece como si algo estuviera reconcomiéndole por dentro.

—Axel, ¿estás bien? —pregunto sentándome frente a él.

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Estás como perdido... ¿Qué coño te pasa?

—Creo que Brais se acostó con Erin anoche.

—Eso no puede ser, Brais sabe que está comprometida. Además, te recuerdo que se llevan muy mal.

—Se llevan mal porque aún tienen una historia sin resolver.

—Tu hermana va a casarse con otro. ¿Crees de verdad que lo tirarías todo por la borda por un polvo? Además, ¿por qué has llegado a la conclusión de que se han acostado?

—Brais se comporta raro. Es como si me ocultase algo.

—Brais es raro —bromeo—. Fuera bromas, ¿cómo crees que se sentirá al ver a Erin preparando su boda? Estará hecho polvo, Ax.

—Es cierto... Joder, estoy paranoico con todo este asunto de la boda, te lo juro.

—¿Es por el dinero?

—¡Claro que no! Es lo que le digo a Brais, pero en realidad me preocupa que mi hermana decida anular la boda por los motivos equivocados.

—Creía que no te gustaba Rubén, deberías estar contento si lo hiciera.

—Y te juro que lo estaría, pero no quiero que vuelva a sufrir por culpa de Brais. Lo pasó muy mal cuando todo acabó y no soportaría verla de nuevo en esa situación.

—Tu hermana ya es mayorcita para saber lo que se hace, ¿no te parece? Necesita cometer sus propios errores sin que su hermano mayor se los solucione.

—Tienes razón —suspira—. Debería preocuparme por mi chica y dejar a mi hermana en paz.

—Es lo más sensato.

Me despido de todos en cuanto termino mi trabajo y salgo a la calle. Ahora, sin la puñetera chaqueta que Axel me obliga a utilizar, siento un poco más la bajada de la temperatura. Está siendo un verano bastante caluroso y la verdad es que no aguanto demasiado bien el calor. Levanto la vista y veo a Mónica sentada con las piernas cruzadas sobre el capó de mi coche. Me acerco sonriendo y paseo mis manos desde sus rodillas hasta sus muslos desnudos.

—Como le hagas una abolladura te vas a enterar —protesto.

—¿Estás diciéndome gorda?

—Gorda me la estás poniendo, sí...

Atrapo su sonrisa con mi boca y hundo la lengua en la suya para saborearla. Ahora que la tengo toda para mí no tengo ninguna prisa por follármela, así que voy a deleitarme recreándome un poco en hacerla sufrir. Mónica me echa los brazos al cuello y arrastra el culo por el capó hasta tener su ingle pegada a mi polla.

—Aún no está muy gorda —bromea.

—Espera y verás.

La levanto del coche de un tirón y la hago resbalar por mi cuerpo hasta que posa sus pies en el suelo. Apenas puede mantener el equilibrio sobre esos tacones que se ha puesto y la sujeto del culo para evitar que se caiga.

—Creo que estarías mejor sin esos zapatos... ¿no crees? —pregunto.

—Sin duda estaría mucho mejor en horizontal —bromea ella.

—Vamos a mi casa y te pongo como tú quieras, nena...

Ella corre hacia la puerta del copiloto y se deja caer en el asiento con un suspiro. Casi puedo ver sus bragas cuando se retuerce para abrocharse el cinturón de seguridad. Introduzco la mano entre sus piernas para comprobar que sí las lleva, ganándome una mirada interrogante de su parte.

—Solo quería asegurarme —bromeo.

—Jamás salgo a la calle sin ellas, es de lo más antihigiénico.

Vivo en un ático dúplex en el centro de la ciudad. Es el primer capricho que me di cuando me dedicaba profesionalmente al boxeo, y aunque no se puede considerar de lujo sí que tiene bastantes pijadas que me hacía ilusión tener en su momento, como el jacuzzi en la terraza o la ducha de hidromasaje. Mónica se queda mirándolo todo bastante interesada, y me apoyo en la pared de la entrada a esperar que sacie su curiosidad.

—¿Te gusta? —pregunto con una sonrisa.

—No creo que puedas permitirte esta casa con tu sueldo en el *Butterfly* —responde.

—Cierto, lo compré mucho antes.

—Es una pasada —susurra encaminándose hacia la cocina—. Y está muy bien decorado aunque sea bastante masculino.

—Contraté a un decorador, no puedo llevarme el mérito.

—¿Quién eres tú y que has hecho con mi Joel?

Escucharla decir “mi Joel” logra que mi polla despierte de nuevo. Me acerco a ella lentamente sin apartar mi mirada de la suya y sonrío cuando se relame con los ojos velados por el deseo.

—Así que tu Joel, ¿mmm? —ronroneo.

—Me has entendido —responde, visiblemente nerviosa.

—¿Ahora te vas a poner tímida? —Enlazo su cintura con mis manos—.

Lástima, porque me gustas más cuando eres atrevida.

Tiro de ella hacia la planta de arriba, donde está el dormitorio, y me siento a los pies de la cama dejándola de pie frente a mí.

—Quítate los zapatos —ordenó.

Ella se muerde el labio y obedece lanzando los tacones por los aires. A continuación se vuelve de espaldas a mí y masajea sus piernas, poniéndome su precioso culo frente a la cara.

—Estás jugando con fuego —ronroneo acariciándolo con las manos abiertas—. Lo sabes, ¿verdad?

—Contaba con quemarme, grandullón.

Subo las manos por sus muslos hasta el elástico del tanga y lo arrastro hasta bajárselo a los tobillos. Ella levanta los pies para permitirme sacárselo y vuelvo a subir la mano hasta encontrarme con su sexo, hinchado y caliente. Acaricio sus labios con el canto de la mano sin profundizar todavía, y ella suspira y abre las piernas para dejarme maniobrar a mi antojo.

—Ya estás caliente... —susurro— ¿Es que acaso tienes prisa?

—En absoluto —gime—. Es que me pones mucho.

Le cojo una mano para posarla sobre mi polla, que ya está dura como una piedra y lista para enterrarse en su interior. Ella sonrío y mueve los dedos alrededor, haciéndome gemir a mí.

—Ahora sí está lo suficientemente gorda —bromea.

—Pues siento decirte que aún no la vas a probar.

Tiro de sus muslos hasta dejarla sentada a horcajadas sobre mis piernas y vuelvo a besarla, esta vez con hambre, hundiendo mi lengua en su boca, recorriendo sus recovecos, acariciando sus tetas por encima de la tela del vestido. Mónica ondea las caderas, se restriega contra mi erección y sus manos desabrochan mi camisa torpemente en su prisa por desnudarme. Bajo el escote de su vestido para dejar sus tetas al aire. No lleva sujetador y en

cuanto muerdo uno de sus pezones me sujeta de la cabeza y me aprieta contra su piel. Apuesto a que podría llevarla al orgasmo solamente comiéndole las tetas...Rodeo el otro pecho con la mano y busco el pezón con los dedos para jugar con él. Me trago sus gemidos, aunque aquí puede gritar todo lo que quiera porque admito que escucharla me pone como una puta moto.

De un solo movimiento la dejo tumbada sobre la cama y le subo la falda del vestido hasta el ombligo. Me sitúo entre sus piernas y la miro de la misma manera en que me miró ella anoche antes de sacar la lengua y pasarla por todo ese coñito depilado que me moría de ganas de probar. Su sabor almizclado me deja mareado y empiezo a lamerla despacio, hundiendo la lengua en su canal para subir después hasta su clítoris y atormentarlo. Mónica se sujeta a las sábanas con fuerza. Tiene los ojos cerrados y se muerde el labio hasta casi hacerlo sangrar, y sus pequeños pies, que están apoyados sobre mi espalda, se contraen para aguantar un poco más antes de correrse. No te contengas, nena... si este no va a ser el único de hoy. Como si hubiera leído mis pensamientos sus muslos se convulsionan y ella grita llevada por oleadas de placer, quedando desmadejada y sin fuerzas sobre la cama. Gateo por su cuerpo hasta alcanzar su boca. La beso un par de veces de manera fugaz antes de profundizar en ella, y siento sus brazos acariciar mis bíceps hasta enredar los dedos en mi pelo.

—¿Ya está? —bromeo— ¡Qué poco me has durado!

—Eso es porque eres muy bueno —gime—. Normalmente tardo más.

Esas palabras me hacen sentir como Superman, para qué negarlo. Beso su hombro antes de tirar de ella y ayudarla a quitarse el vestido. Aún queda mucho juego por delante, pero primero voy a llevarla al cuarto de baño. Estamos pegajosos por el sudor y yo necesito una ducha, así que mataré dos pájaros de un tiro.

—¡Vaya cuarto de baño! —silba—. Oye, en serio, ¿esto es tuyo de verdad?

—Sí. Antes me dedicaba al boxeo profesional y gané mucho dinero —

explico.

—¿Y por qué lo dejaste?

—Una pelea salió mal.

No doy más explicaciones e interrumpo su interrogatorio quitándome los vaqueros y los bóxers. Su mirada se centra en mi polla, que aunque no está a pleno rendimiento sigue bastante animada, y alarga la mano para rodearla con los dedos.

—De eso nada, nena —protesto apartándome.

—¿Y por qué no? Tú ya te has servido por tu cuenta.

—Es cierto, pero aún queda mucha noche por delante.

—Tanto como mucha noche...

—Noche, día... ¿Qué más da? Es sábado, ¿no?

Sin más, la empujo dentro de la ducha y me coloco detrás de ella antes de accionar el agua. Ella levanta la cara hacia el chorro y cierra los ojos con una sonrisa.

—Mmm... —ronronea— Aquí se está de lujo.

—Aún no has visto nada.

Cuando activo los controles del hidromasaje uno de los chorros incide directamente sobre su sexo. Mónica grita e intenta apartarse, pero la inmovilizo en el sitio con un brazo y con el otro abro ligeramente sus labios para que el agua impacte contra su clítoris.

—¿Creías que ya había terminado contigo, nena? —susurro— Ni por asomo.

Capítulo 5

Mónica apenas puede mantenerse en pie. Sus muslos se convulsionan y sus uñas se clavan en mis antebrazos de la fuerza con la que se está agarrando y yo solo puedo sonreír de satisfacción. Es la primera vez que meto a una chica en la ducha. Normalmente suele ser cosa de un polvo y hasta la próxima, pero ninguna ha llegado nunca hasta mi ducha. No tenía ni idea de lo que me estaba perdiendo. Solo con sentir su cuerpo revolviéndose contra el mío mi polla se ha puesto dura como una piedra. Mónica apoya las manos sobre la pared para alejarse más del chorro de agua templada y aparto suavemente sus labios para poder aproximarme a su entrada y clavarme en ella lentamente, centímetro a centímetro, suspirando por el placer que estoy sintiendo en este jodido momento.

—¡Dios, sí! —grita ella apretándome en su interior.

—Lo estabas deseando, ¿verdad, nena?

—¡Sí, joder! ¡Sí!

Su entusiasmo es halagador. Empiezo a moverme lentamente procurando que el chorro de agua siga incidiendo sobre su clítoris. Cada vez que me hundo en ella hasta el fondo, ella levanta un poco las caderas y el impacto del agua sobre mis huevos me produce escalofríos. Es una sensación rara y excitante a la vez. Mis caderas empiezan a moverse con más rapidez, el sonido del entrechocar de nuestros cuerpos se mezcla con el vapor de la ducha

y nuestros gritos de placer. Joder, hasta yo estoy gritando. He perdido la cuenta de las veces que Mónica me ha pedido que me la folle aunque sea justamente eso lo que estoy haciendo. Si no estuviera tan ocupado disfrutando de lo placentero de la situación hace rato que habría roto a reír a carcajadas. Sus manos no pueden estarse quietas, van de mis muslos a mi culo una y otra vez porque no creo que sepa dónde ponerlas. Con la mano que tengo libre aprieto entre los dedos uno de sus pezones, el que anoche descubrí que era más sensible, y Mónica se corre con un grito ahogado. Salgo de ella rápidamente para no hacerlo yo también y la ayudo a salir de la ducha y envolverse en una toalla. Sus piernas no le responden, está exhausta y aún no he terminado con ella.

—Vamos, tumbate en la cama —ordenó.

—No, que se va a mojar.

—¿Y qué más da? Luego cambio las sábanas.

Mónica se deja caer sobre la cama con los brazos en cruz y cierra los ojos con una sonrisa. Me dejo caer a su lado y enredo mis piernas con las suyas antes de besarla suavemente en los labios. Aparto la toalla de su cuerpo y empiezo a dibujar líneas sin sentido con el dedo sobre su piel, recorriendo su abdomen desde el ombligo hasta sus pechos una y otra vez. Una sonrisa aparece en sus labios, pero no abre los ojos.

—¿Qué? —pregunto inocentemente.

—Eres un perverso.

—¿Yo? Eres tú la que me sedujo ayer en el cuarto de baño.

—Eso fue ayer, ahora estoy aquí tumbada intentando descansar.

—Yo no tengo la culpa de que la toalla se haya abierto.

—Porque se ha abierto sola, ¿no?

—Absolutamente.

Sustituyo el dedo por mis labios y dejo un reguero de besos por su

cuello, el valle entre sus pechos y su estómago. Mónica suspira y coloca su mano sobre mi cabeza para impedirme ir más abajo, lo que no me impide atormentarla acariciando sus pechos.

—Vas a acabar conmigo —protesta.

—No estoy haciendo nada —me defiendo.

—¡Uy que no! ¿Y qué es lo que estoy sintiendo en las tetas? ¿Cosquillas?

—Estoy siendo muy considerado —respondo besando su pecho derecho—. Te dejo recuperarte antes de follarte de nuevo.

—¿Es que no has tenido suficiente?

—Aún no. —Muerdo su pezón y tiro suavemente de él—. Quiero saborearte un poco más.

—Estoy agotada —reconoce.

—Tranquila, pienso hacer todo el trabajo.

Una carcajada sale de sus labios y escapa de mis caricias para tumbarse de lado y mirarme fijamente. Aparta con cuidado un mechón de pelo de mi frente, haciéndome estremecer, pero permanezco inmóvil para permitirle que siga acariciándome.

—Tus ojos son increíbles —susurra—. Nunca había conocido a nadie con los ojos de ese tono de gris.

—Ojos, al fin y al cabo —respondo alzando las cejas.

—Te lo tienes muy creído, ¿verdad, grandullón?

—Solo lo justo.

No puedo evitar reírme después de decir esa gilipollez. Sé que tengo unos ojos algo raros, mi familia se ha encargado de decírmelo en todas las reuniones familiares, pero no suelo presumir de ello. Pueden ser todo lo increíbles que ella quiera, pero no veo una mierda cuando hace sol y la mayor

parte del tiempo tengo que llevar gafas puestas. Mónica continúa con su caricia hasta mi boca sacándome de mis pensamientos y perfila mis labios con el borde de la uña, haciéndome cosquillas.

—¿Te diviertes? —protesto mordiéndomelo.

—Pues sí... estoy admirando el paisaje.

Abro un ojo con una sonrisa y atrapo su dedo con la boca.

—¿Y te gusta lo que ves?

—Mucho —responde liberándolo—. La verdad es que estás muy bueno. —Fija su mirada en mi pecho—. ¿El tatuaje tiene algún significado?

Paso la mano por el dibujo de unas alas que cubre casi todo mi pecho y vuelvo a sentir un dolor sordo que hacía mucho tiempo que no sentía.

—Me lo hice para recordar —es mi escueta respuesta.

—¿Para recordar qué?

—Cosas del pasado.

—¿No vas a contármelo?

La miro a los ojos un segundo. ¿Qué importa que se lo cuente? Al fin y al cabo eso pasó hace mucho tiempo y debería tenerlo superado.

—Te he dicho que antes me dedicaba al boxeo profesional...

—Sí, me lo has dicho hace un rato.

—Pues en mi última pelea mi contrincante murió —confieso.

—¡Dios mío, Joel!

—Mi último golpe le mandó al suelo y cuando el árbitro se acercó a él después de proclamarme campeón se dio cuenta de que estaba muerto.

—Lo siento muchísimo... ¿Qué pasó después?

—El forense declaró que murió de un traumatismo en la cabeza provocado por el borde del ring y yo salí impune.

—Fue un accidente, no culpa tuya —susurra Mónica apretándome el brazo.

—Eso dicen todos, pero no puedo evitar sentirme culpable por lo que ocurrió esa noche.

Mónica acaricia mi mejilla y me da un suave beso en los labios que consigue suavizar un poco el dolor, aunque no se alivia por completo. Ahora que he empezado a hablar soy incapaz de parar.

—Después de eso perdí el rumbo —sigo diciendo—. Me emborrachaba, me junté con mala gente y tonteeé un poco con las drogas. Pero conocí a Axel y me sacó de esa mierda.

—Y así fue como entraste a trabajar en el *Butterfly*...

—Exactamente.

La miro fijamente y por un momento me gustaría que Mónica no tuviera que irse a su casa. Necesito retenerla, así que me coloco sobre ella y aparto el pelo de su cara.

—¿Por dónde íbamos? —pregunto.

—Creo que ibas a empezar a besarme de nuevo —responde ella riendo.

—¿Eso quieres? —ronroneo— Yo creí que lo que querías era follar conmigo...

—Claro que sí, pero eso viene después.

Pronto los recuerdos quedan eclipsados por el deseo, que crece rápidamente dentro de los dos. Las manos de Mónica recorren mi espalda y mi culo mientras me dedico a besarla a conciencia, acariciando sus labios con la punta de mi lengua para volver a enterrarla nuevamente en su boca y jugar con la suya. Me bebo sus gemidos, sus caderas se retuercen y su dulce coñito se restriega contra mi polla, que ya está lista para entrar en acción. Me clavo en ella hasta el fondo, sin delicadeza, sin suavidad. Esta vez nuestros movimientos son salvajes, desenfrenados, dedicados en exclusiva a

encontrar la satisfacción personal. Mónica entierra una de sus manos entre nuestros cuerpos para acariciarse el clítoris y yo bombeo dentro y fuera de ella como un puto animal. No puedo más, estoy a punto de correrme. El sudor corre por mi espalda y mi frente y siento espasmos en las piernas del esfuerzo de mantener la postura. Córrete, nena... venga, no me hagas esperar más...

—¡Me corro! —grita al fin—¡Me corro!

Con un sonido a medias entre un rugido y un gemido salgo de ella llegando al orgasmo y me dejo caer sobre su cuerpo con un suspiro. Mónica acaricia mi espalda con suavidad. Tiene los ojos cerrados y una sonrisa en los labios que me hace sentirme como el puñetero Superman. Solo le falta ronronear como una gatita, y su aliento acaricia mi oído con suavidad a cada jadeo que escapa de sus labios. Está tan exhausta como yo, si no más. Con un esfuerzo sobrehumano me deshago del condón, me muevo a un lado y caigo de espaldas sobre la cama, arrastrándola hasta mi pecho.

—¿Mejor así? —susurro.

—Sí, pesas un poco.

—¿Me estás llamando gordo?

Mónica ríe entre dientes, pero no me contesta. Cierro los ojos un momento para recuperarme, pero cuando los abro de nuevo parece que es mediodía. Miro el reloj y efectivamente son las dos de la tarde. Mónica sigue durmiendo a mi lado, así que me deshago de su abrazo con cuidado de no despertarla y me doy una ducha, que estoy bastante pegajoso por el sudor. Aún estoy enjuagándome el champú de la cabeza cuando siento un beso en el omóplato. Me vuelvo con una ceja arqueada para ver a Mónica detrás de mí entretenida vertiendo un poco de gel en la esponja.

—Sabes que esto es peligroso, ¿verdad? —pregunto.

—¿Por qué lo dices? — contraataca ella enjabonándose la cabeza.

—Porque puedes terminar follada de nuevo, por eso.

—Ah... si es por eso tranquilo, grandullón, que no tengo intención de

dejarte hacerlo por el momento.

—¿En serio?

—Muy en serio.

—Solo tengo que hacer esto —digo introduciendo un dedo entre sus pliegues— para tenerte abierta de piernas y follarte.

—Cuento con una ventaja especial.

—¿Una ventaja?

—Exacto.

Joder... el movimiento de sus tetas al mover las manos sobre su pelo me están distrayendo de lo que estamos hablando. Vuelvo a levantar la cabeza para mirarla a los ojos, pero continúan cerrados.

—¿Cuál es esa ventaja, Mónica? —pregunto.

—Es la hora de comer.

Como si se hubiesen puesto de acuerdo con ella mis tripas empiezan a sonar, logrando que ella sonría satisfecha.

—¿Ves lo que te digo? —dice triunfal— Sabía que no podrías saltarte la comida.

Capítulo 6

Estoy sentado en pelotas en el suelo de la cocina comiéndome una pizza a medias con Mónica. Sí, exacto... en pelotas. La cabrona no me ha dejado vestirme, así que yo tampoco se lo he permitido a ella. La vista que tengo ahora mismo delante es espectacular, para qué negarlo. Solo falta que un poco de queso caiga sobre sus preciosas tetas para que yo tenga la oportunidad de quitarlo con mi lengua...

—Joel, ¿me estás escuchando? —pregunta ella de repente.

—Sinceramente no... estaba demasiado ocupado babeando por esas tetas.

Mónica ríe y las mueve a ambos lados de su cuerpo. Como siga provocándome voy a terminar follándomela de nuevo aunque diga que está exhausta...

—Decía que cuando terminemos de comer tendré que irme —repite.

—Ni hablar —protesto lanzándome sobre ella para besarla—, aún no he terminado contigo.

Empiezo a besarla por el cuello, pero ella intenta apartarme sin parar de reír.

—¡Joel, para! —exclama— De verdad, tengo que marcharme ya.

—No te resistas, nena... ahora no puedes detenerme...

Hundo mi lengua en su boca y al principio ella responde como siempre, cerrando los ojos con un suspiro y enredando sus brazos en mi cuello. Me recreo en explorar todos los recovecos de su boca mientras mi mano acaricia sus costillas lentamente, subiendo hasta costado de su pecho y aprisionándolo con suavidad. Mónica gime y enreda sus piernas en las mías. Sonrío triunfal, creo que ya he ganado la batalla y me hundo en su interior de una sola estocada.

—Reconoce que esto es mucho mejor que lo que quiera que tengas que hacer —susurro.

—Eres malo... —protesta con un suspiro— ¿Cómo me voy a resistir así?

Empiezo a moverme despacio, embestidas lánguidas acompañadas por besos que son apenas un roce de labios. Mónica mueve las caderas debajo de mí acompañando a las mías, volviéndome loco. Sus tetas están aprisionadas contra mi pecho y puedo sentir la dureza de sus pequeños pezones contra mi piel. Aparto mi boca de la suya para dejar un reguero de besos por su cuello, su hombro, su brazo desnudo. El sabor salado del sudor se mezcla con el olor almizclado del sexo y abro los ojos para verla tumbada en el suelo totalmente entregada a mí. Sus ojos entrecerrados están velados por el deseo y de su boca escapan pequeños suspiros que son música para mis oídos. Sus manos acarician mis brazos lanzando descargas de placer por mi espalda y tengo que morderme el labio para no terminar corriéndome. Entierro una mano entre nuestros cuerpos hasta alcanzar su pequeño clítoris hinchado y lo acaricio en círculos mientras sigo bombeando en ella. Sus músculos se contraen a mi alrededor haciéndome gemir, sus muslos aprietan mis caderas y de su garganta escapa un grito de plena satisfacción cuando el orgasmo la alcanza. Sigo bombeando dentro de ella un poco más, un escalofrío me recorre y con un gemido salgo de ella para correrme sobre el frío suelo de la cocina.

Me dejo caer a su lado con un suspiro y cierro los ojos para recuperar el control. Siento que todo me da vueltas y tengo que echar mano de toda mi fuerza de voluntad para lograr sentarme apoyado sobre la isla de la cocina.

—Ahora sí tengo que marcharme —dice ella mirándome arrepentida.

—¿Es que trabajas hoy? —pregunto.

—No, pero tengo que ir a recoger el vestido que voy a ponerme en la boda.

—¿Qué boda?

—¿Qué boda va a ser? —ríe— ¡La de Erin! Soy su dama de honor, ¿recuerdas?

—¿Y no puedes recogerlo el lunes?

—Claro que sí, pero ya he quedado con la dependienta y no puedo dejarla tirada.

—Llámalala y dile que te ha surgido un imprevisto.

—Joel, no puedo hacer eso.

Se levanta y abre el frigorífico para buscar un refresco. Me lanza una lata de cerveza que atrapo al vuelo y vuelve a sentarse a mi lado.

—¿No crees que ya has tenido suficiente de mí por hoy? —pregunta.

—No —respondo tajante—. ¿Es que tú sí?

—Estoy agotada, la verdad —reconoce—. Me has dejado sin fuerzas y necesito dormir en cuanto vuelva a casa.

—Muy bien —suspiro poniéndome de pie—. Te permitiré marcharte por ahora, pero no te acostumbres —bromeo—. ¿Vas a venir esta noche al *Butterfly*?

—No creo, seguramente no podré levantarme hasta mañana por la mañana.

Asiento y voy a vestirme. No quiero enrarecer las cosas más de la cuenta, pero me gustaría que se quedara un poco más o al menos que nos viésemos esta noche. ¿Pero qué me pasa? Se suponía que esto era solamente un rollo temporal... Mónica se acerca poco después y se me queda mirando

muy seria, apoyada en el quicio de la puerta.

—¿Ocurre algo? —pregunto.

—Eso quisiera saber yo. ¿Te has enfadado?

—¿Qué?

Me levanto de la cama, me termino de abrochar los vaqueros y me acerco a ella para enlazar su cintura con mis manos. No estoy enfadado, pero estoy un poco confundido con lo que estoy sintiendo y debe haberse dado cuenta de ello.

—No voy a enfadarme por una gilipollez como esa, nena —respondo—. Pero me hubiera gustado pasar más tiempo contigo.

—Puedes acompañarme si quieres.

—¿A una tienda de novias? ¿En serio?

Ella ríe y me rodea el cuello con los brazos antes de besarme fugazmente.

—No es una tienda de novias —explica—, es una tienda de trajes de fiesta.

—Da igual, ir de compras con una mujer es la sentencia de muerte de cualquier hombre.

—¿Eso crees? Pues yo conozco a hombres que son peores que las mujeres.

—Y son gays.

—¡No!—ríe— Son heteros encantados de conocerse, que no es lo mismo.

—Te aseguro que yo no soy de esa clase de tíos.

—Claro que no —susurra—. Tú eres todo un machote, con tatuajes y chaqueta de cuero.

—¿De dónde te sacas que tengo chaqueta de cuero? —pregunto riendo.

—No sé... tienes toda la pinta. Seguro que tienes una en el armario...

—Pues no, el de la chaqueta de cuero y la *Harley* es Brais.

—Lástima que la moto la tenga él y no tú... Si un día vinieras a recogerme en una *Harley* te aseguro que te dejaría follarme en ella.

Me muerdo el labio con una sonrisa. Siempre puedo pedirle a mi colega que me preste su moto... Mónica me mira y rompe a reír a carcajadas.

—¿Qué? —pregunto inocentemente.

—Que eres un perverso.

—¡Si no he dicho nada!

—No ha hecho falta, he podido leértelo en la cara.

—No es culpa mía, nena. Has sido tú quien me ha dado la idea...

—Una idea genial que tendrá que esperar hasta otro día.

Mónica se deshace de mi abrazo y recoge su ropa para vestirse. La llevo a su casa, un bloque de apartamentos en una zona bastante tranquila de la ciudad.

—Así que vives aquí... —digo mirando el edificio.

—Quinto derecha, para ser más exactos. Serás bienvenido... a partir de mañana.

Su broma me hace reír. Reconozco que ha sido un día bastante movidito y que debe estar agotada, porque yo también lo estoy.

—Te llamaré —susurro con un beso.

—Eso espero, grandullón.

La observo bajarse del coche y miro el reloj. Son las cuatro, así que llamo a Ken para tomarme un café con él, que a esta hora ya debe estar despierto. Nos vemos en una cafetería que hay junto al *Butterfly* en la que ponen el mejor café de la ciudad. Me pido un café Frappé y Ken un batido de chocolate.

—Me sorprende que estés despierto a esta hora —dice mi amigo—. Normalmente no hay quien te levante antes de las seis.

—La verdad es que no he dormido demasiado y si me acuesto posiblemente no haya quien me levante hasta mañana.

—¿Que no has dormido demasiado? ¿Por qué?

Sonrío sin contestar y doy un trago a mi bebida.

—Has estado con Mónica, ¿no, cabrón?

—¿Con quién si no?

Mi amigo me palmea la espalda y se recuesta en su asiento mirándome con los brazos cruzados y una sonrisa.

—¿Qué? —protesto.

—Te ha cazado —vaticina.

—Yo no diría tanto.

—¡Oh, sí! Te ha cazado pero bien.

—No nos conocemos lo suficiente. Ni siquiera sé a qué se dedica.

—Lo bonito del amor es ir descubriendo esas cosas poco a poco. Además, ¿a que no te hizo falta saberlo para metérsela?

—No me ha cazado —protesto—. Solo estamos follando.

—¡Venga ya, hombre! ¡Estás hablando conmigo! Te conozco mejor que nadie, ¿recuerdas? Sé que estás loco por ella, ¡y eso es bueno!

—¿Y por qué coño lo es?

—Porque necesitas una mujer en tu vida, por eso. ¿Es que no te has mirado últimamente al espejo? Estás hecho un asco, tío.

—Mira tú quien fue a hablar... el que está loco por su compañera de trabajo pero no hace nada por un absurdo refrán.

—No es un refrán, tío... es un mantra que todos deberíamos seguir.

—Es una gilipollez que alguien inventó porque estaba enamorado de su compañera de trabajo y ella estaba saliendo con otro compañero.

—No estamos hablando de mí, sino de ti.

—Al menos yo estoy haciendo algo.

Vuelvo a casa y me doy una ducha. Me quedo un momento pensando en lo que ha dicho Ken. Es cierto que Mónica me gusta, pero ni siquiera sé si yo le gusto a ella lo suficiente como para pensar en tener conmigo algo más que un par de polvos. Lo mejor sería que pusiera algo de distancia entre nosotros para evitar terminar enamorado de una mujer que no siente nada por mí. Pero en cuanto lo pienso descarto la idea. ¿De qué coño voy? Ya estoy enamorado de ella... Hace tanto que nos conocemos que ni siquiera sé cuándo pasó, pero en algún momento desde que entré a trabajar en el *Butterfly* esa maldita mujer se coló en mi corazón sin pedir permiso. No sé a qué se dedica, es cierto, pero conozco de ella lo más importante. Sé que es leal a sus amigos, que es divertida y que en la cama es una auténtica locura. Sé que sus ojos son preciosos, que cuando sonrío le sale un hoyuelo en la mejilla izquierda y que tiene un lunar en forma de media luna en el muslo derecho. Sé que cuando ella está presente todo parece tener mucha más luz, mucha más vida.

Sí, definitivamente ya estoy loco por ella.

Capítulo 7

La noche se me está haciendo interminable y aún quedan cuatro horas para cerrar el bar. Menos mal que mañana por fin estamos de descanso, porque necesito dormir dos días seguidos... por lo menos. Ya no tengo edad para andar sin dormir toda la noche follando como un conejo. Por mucho que me guste Mónica voy a tener que bajar el ritmo o terminaré muerto antes de llegar a los cuarenta... Por si no fuera bastante el cansancio que tengo apenas han entrado clientes en el local, lo que me deja plantado frente a la puerta como una estatua sin nada que hacer.

Al fin veo que Brais sale con un par de botellas de agua y me pasa una antes de sentarse en el banco que hay junto al escaparate del local.

—Menos mal, estaba empezando a cansarme de estar aquí sin hablar con nadie... —protesto.

—¿Y por qué coño no has entrado?

—Porque si lo hago y me siento en la barra termino durmiéndome.

—¿Cansado?

—Muchísimo. No he dormido demasiado y estoy que me caigo.

—¿Qué habrás estado haciendo? —bromea.

—Nada que te interese. ¿Todo tranquilo ahí dentro?

—Sí, bastante tranquilo. Mi sala está desierta y Ken tiene un par de masajes nada más. La gente está sobre todo en la zona de la barra, pero nadie se ha adentrado más allá.

—Día de curiosos, por lo que parece.

—Eso creo. Aparte de un par de parejas que han entrado al cuarto oscuro no ha habido mucho movimiento.

Hace tiempo que no hablamos. No es que seamos los mejores amigos del mundo, para eso ya tengo a Ken, pero Brais y yo nos llevamos bastante bien y hace días que le noto un poco raro.

—No tienes buen aspecto últimamente, tío —observo.

—¿Y te extraña? —protesta con una ceja arqueada.

—La verdad es que no. Creo que yo estaría igual que tú dadas las circunstancias.

—No puedo quitarme de la cabeza que falta una semana para que la mujer de mi vida sea de otro hombre.

—Lo superarás con el tiempo, tío. Ya lo verás.

—Si Axel se entera de lo que hice el día siguiente a la despedida de soltera te aseguro que no superaré nada porque terminaré muerto.

La botella de agua se queda a medio camino de mi boca y le miro de reojo.

—Dime que no te has acostado con Erin. —Él se limita a desviar la mirada—. ¡Joder, Brais! ¿En qué coño estabas pensando?

—En nada... estaba dormido y simplemente ocurrió.

—¿Cómo que estabas dormido y ocurrió? ¿Apareció en tu casa como por arte de magia?

—¡Claro que no! Se presentó en mi puerta después de la despedida borracha como una cuba y se durmió antes de que pudiera cambiarme para

llevarla a su casa.

—Haberla despertado para obligarla a marcharse.

—¿Y dejarla sola en su casa vomitando? No soy tan mala persona.

—¿Y por qué coño no llamaste a su hermano? Él se habría ocupado de ella. —Suspiro—. Erin ya no es tu problema, tío, no tienes que ocuparte de ella.

—Ya lo sé. Es que simplemente... no lo pensé.

—¡No lo pensó! ¡Tiene cojones!

—Me quedé dormido en el sofá y antes de darme cuenta me estaba besando. ¿Crees que podía parar después de eso?

—¡Deberías haberlo hecho, gilipollas!

—¿Por qué te mosqueas tanto? No tiene nada que ver contigo.

—¡Porque Axel ya lo sabe, idiota! —reconozco.

—¿Cómo que lo sabe?

—Lo intuye, al menos. Ayer me confesó que lo sospechaba y que estaba preocupado por el tema.

—Mierda...

—¿Te sorprende? ¿En serio? ¡Es tu mejor amigo, joder! ¿Es que acaso no sabías que te conoce lo suficiente para saber lo que has hecho?

—Estoy jodido —suspira—. Soy hombre muerto.

—¿No me digas? —Suspiro—. ¿Piensas hacer algo al respecto?

—¿Huir de la ciudad?

—Me refiero con Erin. ¿Vas a intentar recuperarla?

—¡Claro que no! Me fui, ¿recuerdas? Ahora mismo debe odiarme.

—¿Y por qué coño te fuiste?

—Porque sabía que terminaríamos discutiendo si me quedaba.

—Eres un gilipollas de campeonato, lo juro. Tenías la oportunidad de recuperarla en la palma de la mano y la desaprovechaste.

—¿Qué querías que hiciera? ¿Quedarme y confesarle lo mucho que la quiero?

—Por ejemplo.

—Ella está enamorada de Rubén.

—Claro que sí, tío... por eso se acostó contigo. Si Mónica pensara casarse con otro te aseguro que no me quedaría de brazos cruzados como tú.

—Espera, ¿Mónica? —pregunta con una ceja arqueada y una sonrisa.

—Sí, Mónica.

—No me habías dicho nada, cabrón.

—Llevamos un par de días juntos, por eso no te dije nada.

—Ya era hora de que te lanzaras.

—En realidad fue ella quien lo hizo —respondo sonriendo—. No pude decirle que no.

—Acéptame un consejo, no seas tan gilipollas como yo.

—¿Y por qué no te aplicas el cuento?

—Ya es tarde para mí.

—Mientras no se haya casado no es demasiado tarde.

—Después de lo de la otra noche te aseguro que lo es. ¿Vendrá Mónica esta noche?

—No, ambos necesitamos descansar un poco.

—Eres un capullo con suerte. Creo que ella sería la única mujer con la que yo me atrevería tener algo serio después de Erin.

—Pues lo siento por ti, pero para eso sí que es tarde, porque como lo

intentes te rompo las piernas —bromeo.

El resto de la noche pasa tranquila. Terminamos de recoger y me voy a casa a dormir un poco, porque necesito recuperar fuerzas para mañana. Cuando me despierto son ya las seis de la tarde, así que me pongo un chándal y llamo a Mónica antes de salir.

—Buenas tardes, grandullón —ronronea al otro lado de la línea—. Sí que has dormido.

—Ayer me dejaste destrozado —bromeo—. No tenía ni idea de que eras adicta a mi cuerpo.

—Totalmente... De hecho, necesito más.

—Insaciable...

—Mucho.

No puedo evitar reírme. Me gusta lo divertida que es, lo mucho que le gusta bromear y, qué cojones, lo bien que me hace sentir.

—¿Por qué no quedamos para cenar? —pregunto.

—¿En tu casa o en la mía?

—En un restaurante como las parejas normales.

—¿Somos pareja?

—Estamos en ello, ¿o no?

—Tienes razón, estamos en ello.

Si no tuviera treinta y cinco años metidos en los huevos me pondría a saltar de alegría.

—Te recojo a las nueve, ¿te parece? —pregunto.

—Perfecto.

—Solo tengo una petición especial... No laves bragas.

—¿Estás loco? Jamás salgo de casa sin ellas.

—Haz una excepción esta noche. Por mí. —Mónica se queda callada un momento pero al final ríe.

—Muy bien, grandullón, iré sin bragas... si tú vas sin bóxers.

—Hecho. Nos vemos esta noche.

Como aún falta bastante para nuestra cita, decido ir al gimnasio para quemar un poco de adrenalina. El dueño sonríe en cuanto me ve entrar y se acerca para palmearme la espalda.

—¡Hombre! —exclama— Me alegra ver que vuelves por aquí.

—Tenía ganas de entrenar un poco.

—¿Con el saco o en el ring?

—El saco será suficiente, no quiero terminar con otro ojo morado.

—Es una lástima que un gran profesional como tú no siga dedicándose a esto —comenta caminando a mi lado—. Es una auténtica lástima.

—Por lo que veo me ha investigado...

—Me sonaba tu cara y solo tuve que atar cabos.

—Ahora prefiero una vida más calmada.

—Supongo que la muerte de Carlos Durán tuvo algo que ver...

—No quiero hablar de ello.

—Deberías hacerlo, muchacho. Es bueno para el alma dejar salir toda la culpabilidad.

—No fue culpa mía —respondo a la defensiva—. Fue un accidente.

—Yo lo sé, pero ¿lo sabes tú?

Me quedo pensando en lo que me ha dicho el entrenador mientras golpeo el saco de boxeo.

—Disculpa, ¿eres Joel Alaix?

Me vuelvo para encontrarme con un muchacho de unos veintipocos

años que me mira con cara de admiración. No, joder... otra vez no.

—Lo fui —respondo golpeando de nuevo el saco.

—Soy un gran admirador suyo... Me gusta mucho su técnica.

Me quedo mirándole un segundo. Me recuerda a mí a su edad, lleno de sueños e ilusiones. Empecé a dedicarme profesionalmente al boxeo con veinte años y creo que me cegó todo lo que me ofrecían más que el deporte en sí.

—¿Quieres dedicarte a esto profesionalmente? —pregunto.

—Es lo que quiero, sí.

—Acéptame entonces un consejo, chico. No te dejes cegar por el dinero que te ofrecerán. Tu alma vale mucho más que todo eso. No termines metiéndote en un mundo del que es muy difícil salir, y no me refiero al del boxeo, sino al que hay detrás de todo ese dinero y glamour... el de las drogas. Terminarás pagándolo muy caro.

—¿Es lo que le ocurrió a usted?

—Algo así.

—¿Querría pelear conmigo? Sería todo un honor. —Sonrío.

—Estoy oxidado, chaval. Hace mucho que no peleo.

—No se preocupe, seré bastante cuidadoso con la tercera edad.

Alzo una ceja ante su comentario. ¿Tercera edad, en serio? El chavalito este no sabe dónde se está metiendo... Vale, sí... me ha tocado los cojones que me diga abuelo... Le aparto de un empujón y me dirijo al ring con paso decidido.

—¿A qué esperas, niño? —pregunto— ¿No querías que te diera una paliza?

He de reconocer que el chico sirve para esto. Es bueno, muy bueno a decir verdad, y consigue darme un buen par de puñetazos en menos de cinco minutos.

—No lo haces mal... —digo— pero te queda mucho que aprender.

El muchacho sigue golpeando mientras intento darle algunos consejos sobre su técnica. Aún está muy verde, pero con el entrenamiento adecuado podrá ser capaz de llegar muy lejos.

—Podría echar mano de mis contactos para que algún buen entrenador se fije en ti —propongo—, pero tendrás que ganártelo.

—Solo dígame qué tengo que hacer.

—Ganarme —respondo con una sonrisa—. Solo dos asaltos, que aún estás empezando.

—Me subestima...

—¿Eso crees?

Lanzo un gancho de derecha, pero el joven se aparta y termino cayendo sobre el ring. Algo me golpea en la sien derecha. Siento un dolor insoportable en toda la cabeza y después... nada.

Capítulo 8

Me despierto con un dolor de cabeza horrible. ¿Dónde coño estoy? Miro a mi alrededor y descubro que estoy en el hospital. Los recuerdos vuelven a mi cabeza con fuerza. Caí al ring y me golpeé en la cabeza. Veo a Ken sentado en un sofá a los pies de la cama completamente dormido. ¿Qué hora es? Intento levantarme y mi amigo salta hacia mi lado para impedírmelo.

—¡Oye, quieto ahí! —susurra Ken— Debes guardar reposo.

—¿Qué hora es? —pregunto.

—Las dos de la mañana.

¿Las dos? ¡Mierda! Intento arrancarme la vía pero Ken me sujeta con fuerza.

—¿Pero dónde coño vas? —protesta— ¿Es que te has vuelto loco?

—Tengo que avisar a Mónica... creerá que la he dejado tirada...

—Estoy aquí, grandullón.

Vuelvo la cabeza hacia la puerta y todo mi cuerpo se relaja al ver entrar a Mónica con un café en la mano. Se acerca a la cama y me besa con suavidad en los labios antes de sentarse en la silla que hay a mi lado.

—Me has dado un susto de muerte —reconoce—. Cuando Ken me ha llamado...

Miro mi amigo y gesticulo “gracias” antes de que se marche de la habitación dejándome a solas con mi chica. Mónica sujeta mi mano entre las suyas y las besa con ternura.

—El médico ha dicho que estás bien, pero debes quedarte veinticuatro horas en observación. Te has dado un buen golpe en la cabeza, ¿sabes?

—Gajes del oficio —bromeo.

—Por suerte ya no te dedicas a boxear... no creo que pudiera soportarlo.

—¿Estabas preocupada por mí? —bromeo.

—¿Tú qué crees?

—Fui al gimnasio y un fan de entonces me encontró. Era muy joven y quería luchar conmigo, así que accedí.

En ese momento el chico en cuestión irrumpe en la habitación seguido de cerca por Axel, que lo coge del cuello de la camiseta e intenta sacarlo de allí.

—¡Tengo que verle! —grita el chico— ¡Quiero pedirle perdón!

Hago una señal a Axel, que suelta al muchacho de inmediato. Él se acerca a la cama y se me queda mirando con los ojos anegados en lágrimas.

—Lo siento mucho, señor —solloza—. ¡No era mi intención hacerle daño!

—No ha sido culpa tuya, chico —respondo—. Los accidentes ocurren y no se puede hacer nada.

En ese momento vuelve a mi cabeza mi última pelea. Carlos se levantó por tercera vez del ring esa noche. Le hice señas para que no lo hiciera porque estaba demasiado magullado para seguir con la pelea, pero no me hizo caso. Me lanzó un gancho de derechas, lo esquivé... y cayó cuan largo era sobre el ring. Se golpeó la garganta con una de las cuerdas antes de golpearse con el borde del ring, cayendo muerto casi al instante. Si me hubiera hecho caso, si

se hubiera rendido, ahora mismo estaría vivo. Tampoco eso fue culpa mía, simplemente... ocurrió.

Ni siquiera me he dado cuenta de que el muchacho ya ha salido de la habitación. Vuelvo la cabeza hacia Mónica, que me mira con una sonrisa.

—¿Qué? —pregunto.

—Al fin lo has entendido.

—¿Cómo sabes en lo que estoy pensando?

—Te conozco muy bien, Joel.

—¿Por qué es usted tan intuitiva, señorita? —pregunto arrastrándola conmigo hasta la cama.

—Porque llevo mucho tiempo observándote y sé cómo piensa esa cabecita tuya.

—Así que me has estado acosando, ¿mmm? —bromeo.

—Totalmente. Eres mi chico favorito, ¿recuerdas?

Uno mi boca a la suya y hundo mi lengua en su boca, aunque un dolor punzante en el labio me hace aullar.

—¡Si es que eres un bruto! —protesta ella apartándote— Tienes la cara destrozada.

—Caí de lado, no de boca.

—Sí, pero te recuerdo que antes estuviste boxeando.

—Joder, ese chico es bueno... muy bueno. Me avergüenza reconocer que es mucho mejor que yo a su edad.

—¿Vas a ayudarlo?

—Si es lo que quiere, sí.

—Solo te pido una cosa, Joel —pregunta Mónica mirándome de reojo.

—¿El qué?

—No vuelvas a ese gimnasio, por favor. No quiero que sigas boxeando.

—¿Por qué ese miedo a que vuelva a luchar, Mónica?

—Porque no quiero que mueras antes de tiempo. He estado viendo peleas en Internet y he visto que algunos llegan a morir en el ring.

—¿Creías que tenía intención de volver? —pregunto sorprendido.

—Un poco, sí.

—El boxeo quedó en el pasado, Mónica. Reconozco que me gusta boxear, pero mi sitio ahora está en el *Butterfly*, no en el ring.

—Me alegro, no soportaba la idea de perder al hombre que amo.

Siento que mi corazón deja de latir. La miro con la sorpresa dibujada en el rostro, pero ella se limita a reír y a abrazarme para darme un beso en la única zona de mi cara que no está amoratada por los golpes.

—¿No crees que ahora deberías decir algo? —pregunta— ¿O aún te dura la conmoción?

Sí que me dura, sí... pero no la conmoción de la caída, sino la de saber que Mónica me quiere. Solo hay una cosa que atino decir, aunque considero que es la más acertada en un momento como este.

—Yo también te quiero.